

El ríu

Nacho Fonseca Alonso (Siero – Asturias)

Yera agostu. El castillete d' El Sotón recortábase nun cielu de lluna triste enriba d'ella. Sacó otru pitu. El pitu que – y quedaba. L'últimu pitu d'aquella nueche. L'últimu pitu d'una vida qu'aniciare en Barranquilla ventidos años enantes d'aquella nueche d'agostu. Pensabile, foi fumándolu ensin priesa. En calaes pausaes y fondes. De la puerta a mediu cerrar del bar de copes llegaben, entemecíos con risas de muyer, los sones d'un merengue.

“Hola mami. Como ya te conté, trabajo en una cafetería. El dueño es un señor muy amable. Nos da cama a otras tres chicas y a mí en un cuartito encima justo de la cafetería. Desde la ventana veo la mina y el río. El río me recuerda mucho al nuestro. En el tiempo libre, voy muchas mañanas al río. Paseo por la orilla, cierro los ojos, y, por momentos, es como si estuviese en Barranquilla cuando niña. Bueno mami , dales un besote a todos, a Boro, a Lucy, a la niña. . . ¡Ay, mi niña!... y a ti uno muy fuerte de tu Lisa que te quiere.”

Última hora:

Unos rapazos de Sotondio atoparon ayeri, sobre les ocho y media la mañana, el cuerpu ensin vida d'una rapaza d'unos venti años n'agües del Nalón a l'altura del pozu El Sotón. De momentu desconozse la so identidá al nun llevar enriba documentu nengún que... (La Nueva España 6- 08- 2006)

Sí, mi teniente. Dicen los rapazos que la atoparon que seríen les ocho y media. Que taba boca abaxo, na oriella izquierda, ente la broza que baxa'l ríu .Sí, atopóse un bolsu a la vera'l pielgu. Ye posible que sea d'ella. Hai un paquete tabacu vacíu, un mecheru, unes gafes de sol, una barra de llabios, unos pañuelos de papel y un monederín con dos billetes de diez euros. Nun hai documentu nengún. . . Ah, . . . tamién hai una carta metida nun sobre ensin direccióin y una semeya d'una neña de tres o cuatro añinos.

-Mira morenina, toi de ti hasta los güevos. Esto ye una casa de muyeres, y los clientes de mio casa nun vienen aquí a vete esa cara muermu. Vienen por otras razones. ¿Entiéndeslo? Ye la última vez que te lo digo. Mecagoen mio puta vida. Nun lo escaezas. Valte más. ¿Oyístilo?

Namás la lluna la vio facer, sele, el camín dende'l bar al ríu. Sólo una lluna triste la vio dir metiéndose, aduices, nel agua prieto del pielgu. Depués sólo quedaron el ríu, la lluna y el silenciu.

Yera agostu. El castillete d'El Sotón recortábase nun cielu de lluna triste. De la puerta a medio cerrar del bar de copes llegaben entemecíos con risas de muyer los sones d'un merengue.

Desgraciado hombre de goma

Gabino Busto Hevia (Langréu – Asturias)

De pequeño llamaba “indios” a todas las figuritas multicolores de plástico que tenía para jugar. De esta manera, los apaches luchaban en las llanuras de la alfombra contra los vaqueros o el Ejército de la Unión; los intrépidos piratas buscaban tesoros en el cálido mar de la bañera; Tarzán se defendía de los animales salvajes que rezongaban en las selvas de papel y los soldados sorprendían al enemigo desde sus búnkeres de cartulina.

Así las cosas, resultó que un día mi padre encontró en la calle un solitario y sucio muñeco de goma, que no dudó en recoger para mí. Se trataba de un personajillo no muy hermoso, de invariable postura sedente y brazos extendidos hacia delante, lo que delataba su condición de modesto conductor de un vehículo.

En la siguiente sesión de juego, el hombre de goma fue atacado por los apaches, que hicieron un corro infernal a su alrededor. Como era un extraño, no fue socorrido por ninguno de los vaqueros y mucho menos por el Ejército, siempre dispuesto, en otras circunstancias, a enfrentarse a las tribus rebeldes. Poco después, los rudos cowboys lo golpearon sin piedad en el saloon, ante la presencia del sheriff, que hizo la vista gorda. El muñeco acabó encarcelado en la prisión del fuerte. Allí, sospechoso de ser un espía, fue torturado por cuatro displicentes sargentos, hasta que una oscura noche, el infeliz pudo escapar. Aterrorizado y perseguido, se ocultó como pudo en lo más profundo de la selva. No tardó en ser descubierto por Tarzán, que sin mayores contemplaciones –“Yo Tarzán, tú extranjero”- le asestó sendos puñetazos en sus flancos. El incomprendido figurante no tuvo otra alternativa que huir en una balsa a través del mar de agua cálida, en donde, como era de esperar, fue capturado por los piratas. Éstos le preguntaron si sabía algo del tesoro y al indicarles que no, le dieron una marinera y ecuatorial paliza en la que emplearon las palas, las espadas y hasta la pata de palo del jefe de los piratas. “¡Largooooo!”, chilló el verde y rojo lorito de los bucaneros. ¡Pobre hombre de goma!

Terminó allí, en la loseta de la cocina, herido, abandonado a su suerte. Unos soldados lo encontraron y apresaron. Fue entonces cuando los jefazos de los amerindios, de los pistoleros, de los regimientos, de los corsarios, de la inextricable selva y la alta milicia convocaron a todos los “indios” al Consejo de Guerra que se le iba a aplicar al robo despojo, al intruso, al extraño, al apátrida, al diferente y feo hombre de goma. Y todos: apaches, vaqueros, militares, piratas, lorito, soldados, Tarzán y hasta la mismísima mona Chita, lo condenaron y arrojaron al cráter de la cocina carbonera, en donde, cual peligroso monstruo, pereció consumido por las llamas.